

CELIA

Dime otra cosa, Germán... y no llesves á mal que tu ama te hable con la mayor franqueza... Dime, Germán, ¿tú eres pobre?

GERMAN

Bien sabe la señora que mi única renta es el sueldo que cobro en esta casa.

CELIA

Y que lo ganas bien; todo el santo día haciendo cuentas... ¿Y no tienes tú algún pariente próximo ó lejano que pueda dejarte una herencia?

GERMAN

Todos mis parientes son más pobres que yo.

CELIA

Pues estás aviado; tú me dijiste hace días que si eras pobre de bolsillo, eras rico de cerebro; es decir, que á falta de dinero tienes ideas grandes, felices, que un día pueden ser fecundas.

GERMAN

Así lo dije; tengo ideas, propósitos y planes que, realizados con arte y conocimiento de la vida, podrían llevarme á mejor posición.

CELIA

¿Y por qué no me explicas esos planes tuyos? Podría yo ayudarte...

GERMAN

Son sueños de pobre, señora. Condición del pobre es soñar, imaginar arbitrios honrosos para que vengan á su bolsillo los dineros que en otros bolsillos están de sobra. Pienso constantemente en el equilibrio social, que hoy no existe y que debe existir para que tengamos justicia en la tierra. ¿Qué razón hay para que unos carezcan de medios de vida y otros los posean de un modo exorbitante? Por todas partes vemos que la inteligencia y la actividad perecen, y la holganza sin ideas rebosa de bienestar.

CELIA

Si, sí; ese desequilibrio es horrible: tienes talento, Germán.

GERMAN

(Con modestia.) Señora, por Dios...

CELIA

Tienes talento; bien claro lo demuestras; concibes medios ingeniosos para enriquecerte sin conseguirlo; y en cambio yo, que soy una bruta y no discurro nada...

GERMAN

(Vivamente.) No siga usted por ese camino, señora; usted es una dama inteligentísima de noble corazón, y yo un infeliz.

CELIA

No te rebajes, hipócrita; tú vales mucho, Germán. Aquel día, cuando me hablabas de tus proyectos y tus invenciones, dijiste: «yo haría esto y lo de más allá si tuviera capital, algún capital».

GERMÁN

Así lo dije, y no me vuelvo atrás; imaginaba yo una Sociedad de Seguros enteramente popular...

CELIA

En suma: que no tienes capital, y sin capital, los sueños, sueños son.

GERMÁN

Y los sueños míos... no pueden tener un despertar positivo.

CELIA

¿Qué sabes tú, tonto? ¿Por qué no has de despertar en una realidad hermosa?

GERMÁN

(Suspenseo.) Señora...

CELIA

Volvamos nuestros ojos hacia el equilibrio social. ¿Tú no tienes capital? Pues bien, yo lo tengo.

GERMÁN

(Levántase súbitamente emocionado.) Señora...
ama y señora mía; ¿se burla usted de mí?

CELIA

No me burlo; digo que tú tienes las ideas
industriales, y yo el capital.

GERMÁN

(Paseándose agitado por la escena.) Usted me
trastorna, me enloquece.

CELIA

(Levántase y va tras él.) ¿Pero, qué dices?

GERMÁN

(Detiénese y se pasa la mano por la frente.) Per-
dóneme usted, Celia; es usted un ángel.

CELIA

(Riendo.) ¡Un ángel yo! Ja... ja. Pues si mi
tía Margarita dice que soy un demonio!...
Ja... ja. Un demonio, sí, porque gusto de re-

belarme contra la rutina social; porque no
soy hipócrita ni encubro mis sentimientos.

GERMAN

Yo repito que usted es un ángel. (Celia si-
gue riendo.) Bueno, pues un demonio, un de-
monio encantador, un diablillo angelical.

CELIA

Siéntate. (Le lleva á la silla donde ella estaba
sentada.)

GERMAN

¿Aquí?

CELIA

Aquí, en mi sitio.

GERMAN

¿Y usted se sienta donde yo estaba?

CELIA

No; el diablillo angelical se pasea para
que le dé el aire. (Se pasea.) Bueno; pues ha-
blemos ahora. Sigo desarrollando mi tesis...
como dice mi padrino don Cristóbal, que á

todo triquitraque saca su tesis. Ayer, al sentarnos á comer, dijo: «mi tesis es que antes de la sopa no se debe comer melón».

GERMÁN

Así habla el buen señor. Hable usted, Celia, aunque sea con tesis.

CELIA

Pues mi tesis es, que es forzoso aplicarte la ley de equilibrio social; esa ley, todavía no promulgada, pero que se promulgará; me anticipo á la obra legislativa disponiendo que te cases con una mujer rica.

GERMÁN

(Atónito.) ¿Yo? Y esa mujer, ¿dónde está?

CELIA

¡Ah! Ya la buscaremos: yo te la buscaré. ¿De qué te asombra? ¿Es cosa nueva que un pobre se case con una rica?

GERMÁN

(Absorto.) No es nuevo; pero es imposible que esas cosas pasen por inspiración repentina.

CELIA

Pero, tonto; al hablarte de buscar la novia, no es cosa de hoy ni de mañana; en esto, como en todo, no se puede hacer nada sin contar con el tiempo.

GERMÁN

¿Pero usted se ha fijado ya en alguna?

CELIA

A su tiempo lo sabrás.

GERMÁN

Debo saberlo pronto; porque si es antipática, fea y de mal carácter, no la quiero aunque me la traigan con todas las minas del Potosí.

CELIA

Has de aceptarla previamente: yo te aseguro que no he de darte ningún esperpento.

GERMÁN

Pues bien; me fío de usted absolutamente. Acepto la mujer que me traiga: ¿será bonita?

CELIA

No me preguntes nada; has dicho que aceptas á ciegas.

GERMAN

Pues á ciegas.

CELIA

Figúrate á tu futura como la más conforme á tu ideal.

GERMAN

Me manda usted que siga soñando. Imagino á mi futura con la forma y atributos que más me agradan... Pero esto no puede ser, señora mía: ¿cómo quiere usted que yo fabrique con los elementos de mi pobre fantasía una mujer distinta de la que tengo ante mis ojos?

CELIA

(Risueña y graciosa.) Prescinde de mí; bórrame á mí, tontaina, y compón la imagen de tu futura como mejor te cuadre.

GERMAN

(Cerrando los ojos.) No puedo; no puedo... Apártese usted, Celia; déjeme solo si quiere

que yo imagine persona que no existe, que no puede existir fuera de aquí.

CELIA

Sosiegate, pobrecito; paréceme que has caído en un error...

GERMAN

¿Un error? ¿Cuál es?

CELIA

Una equivocación nacida de tu amor propio.

GERMAN

(Confuso.) Ya...; es que...

CELIA

(Soltando la risa.) ¿Es que te has creído, pobre iluso, que la mujer rica que yo te proponía para esposa soy yo? (Sigue riendo.)

GERMAN

(Atolondrado.) Creí... no, no; no pude creer tal absurdo. Perdóneme usted, señora.

CELIA

Estás perdonado; vuelve en ti.

GERMAN

Vuelvo en mí.

CELIA

No te incomodes. Si creíste que era yo tu prometida, te subiste demasiado alto. Tu ambición te cegó, Germán.

GERMAN

Soy hombre; nadie está libre de una ilusión absurda; el soñador, disparado, fácilmente se sube al cielo.

ESCENA IX

CELIA, GERMAN, ESTER; Ester entra de puntillas, cautelosamente, por el foro derecha.

CELIA

¿Quién entra?

GERMAN

(Muy inquieto.) No sé; voy á ver. (Dirígesse hacia el fondo, y al ver á Ester, por señas le dice enérgicamente que se marche.)

ESTER

(Con voz casi imperceptible.) ¿Está?

GERMAN

(Aterrado, imponiéndole silencio.) ¡Chitón! (Obligándola á salir á empujones.) Fuera: ahora no puede ser; la señora está ocupada. (Desaparece Ester; Germán, disimulando con mucho trabajo su consternación, vuelve al lado de Celia.)

CELIA

¿Quién era?

GERMAN

(Vacilante.) La... una de las pinchas... Rafaela... Ha corrido la voz de que la señora piensa variar su servidumbre.

CELIA

¡Qué disparate! (Óyese vocerío lejano de mujeres por el foro derecha.) ¿Pero qué voces son esas?

GERMAN

(Agitadísimo.) Señora, no sé...

CELIA

Vete un momento allá, y diles que no he pensado en despedir á nadie; que á su tiempo sabrán lo que pienso hacer en mi casa.

GERMAN

Voy, señora. (Va y vuelve por la escena, sin saber qué hacer.)

CELIA

Tranquilízalas, y vuelve acá, que tengo algo más que decirte.

(Germán, al retirarse por el fondo derecha, hace gestos de desesperación, golpeándose el cráneo con las manos.)

ESCENA X

CELIA, sola; después DON ALEJANDRO y PASTOR

CELIA

Agitado está el hombre; claro, después de lo que le he dicho... (Pensativa.) ¡Ay! Si me habré clareado más de lo conveniente... Mi intención no era otra que abrirle camino para que se declarara. Pobre muchacho, ¡cómo temblaba! No sabía qué decir...; y la

cosa no es para menos. ¡Hay que ver...! Un pobre chico que en mi casa gana cincuenta duros, verse de improviso... ¡Jesús! le parecerá que es un cuento de las mil y una noches... Yo también estoy agitada, nerviosísima... Seguramente, cuando vuelva él, me dirá... ¿qué me dirá? (Se sienta meditabunda; coge el retrato de su madre, que está sobre el pupitre; lo besa; habla con el retrato.) Madre, á ninguna persona viva sé yo comunicar las dudas, las esperanzas, las emociones que turban mi alma; me comunico contigo, con tu noble espíritu que siempre me ha confortado en mis días de perplejidad y ha inspirado mis resoluciones. ¿Verdad, madre mía, que estoy en lo justo eligiendo á Germán para compañero de mi vida? Tú piensas como yo, que Germán es bueno, honrado, inteligente como pocos; su corazón es noble, de su mente privilegiada brotan ideas generosas; ¿verdad, madre, que apruebas mi elección? Tus ojos dulces, que nunca me engañan, me dicen ahora, me dicen... (Se interrumpe al ver entrar por la puerta primera de la izquierda á don Alejandro vestido de viaje, seguido de Pastor.)

DON ALEJANDRO

Celia, entré en el salón á despedirme de la tía Margarita, y allí me encuentro á las damas de la Junta benéfica que desean saludarte; te han nombrado vocal, y debes ir un momento á darles las gracias... Ven.

CELIA

¡Ay, qué fastidio!

PASTOR

Si no es más que una fórmula; una fórmula social.

DON ALEJANDRO

Vamos, no seas tonta. (Cogiéndola por el brazo. Óyese vocerío de mujeres por el jardín.) ¿Qué chillidos son esos?

PASTOR

Nada, un motín de criadas; yo las arreglaré.

DON ALEJANDRO

Un momento nada más; das las gracias á las señoras, y te sales diciendo que tienes que hacer en casa. (Se la lleva rápidamente por la izquierda.)

ESCENA XI

PASTOR, GERMAN

PASTOR

(Mirando hacia el fondo.) ¡Vaya con la trifulca que nos han armado esas mujeres! Lo peor es que tienen razón. El motin va contra Ester, esa mosquita muerta.

GERMAN

(Viene muy sofocado por el fondo.) Don José, por Dios; trate usted de hacerlas entrar en razón.

PASTOR

Eso tú, que eres el verdadero causante de esta revolución femenina; tú has alborotado el gallinero; tú, gallito arrogante y de canto gracioso. Debiste lucir en otra parte tus dotes de galán irresistible; no en esta casa honrada y austera.

GERMAN

Don José, se hace usted eco de hablillas y calumnias.

PASTOR

Germancito, soy el eco de la verdad. Hace un año, cuando se te dió habitación en la parte alta de la casa, ganaste la voluntad de Melchora, esa hembra lozana...

GERMAN

Don José, peccata minuta; es casada y separada del marido.

PASTOR

Cierto; pero tú, tenorio de criadas, fuiste luego revoloteando de flor en flor hasta dar en la pobre Ester, rematando en ella la serie de tus conquistas.

GERMAN

Óigame usted, don José; yo le explicaré...

PASTOR

No me expliques nada; los hechos son hechos, y las verdades verdades. Yo supe tus travesuras no hace mucho; pero no soy acusón, ni gusto de meterme en vidas ajenas.

GERMAN

(Agitado.) Mi querido don José, siga usted discreto y silencioso; ayúdeme á disipar la malquerencia de esas malas mujeres, y...

PASTOR

No, no; ya no puedo callar. Celia que ya es ama tuya, mía y de todos, debe tener conocimiento de tus fechorías. Ya estás descubierto; si no quieres poner tu cara en vergüenza, huye de esta casa.

GERMAN

(Aterrado.) No; lucharé hasta el fin; negaré. (Dirigiéndose al fondo, mira hacia el jardín.) Las amotinadas parece que se dirigen al salón donde está Celia.

PASTOR

Sí, sí; en el salón está reunido el concilio de las damas.

GERMAN

Pero no se atreverán á entrar.

PASTOR

Esperan la salida de Celia para quitarte la carreta.

GERMAN

Melchora va delante manoteando y vociferando.

PASTOR

Buena te ha caído; haz caso de mí, Germancito: toma las de Villadiego.

GERMAN

(Volviendo al proscenio.) Si usted me ayuda don José, levantaremos una barrera entre Celia y las mentiras de esa maldita Melchora.

PASTOR

(Acercándose á la puerta de la izquierda, acecha con ojos y oídos lo que pasa en el interior.) Ya es tarde; ya sale Celia del salón; es acometida por Melchora; márchate, Germán.

GERMÁN

¡Con qué placer, señor, estrangularia yo á esa víbora.

PASTOR

No empeores tu situación.

GERMÁN

(Suplicante.) Defiéndame usted; yo se lo ruego por lo que más quiera en el mundo. Este malhadado accidente viene á truncar mi vida.

PASTOR

Has sido muy torpe, Germán.

GERMAN

(Dolorido.) Muy torpe, sí; Celia me estimaba.

PASTOR

Te estimaba, sí; más de lo que merecias. El tenorio de criadas no debió nunca poner sus ojos villanos en el rostro de la señora.

GERMAN

Soy indigno, lo sé. ¿Qué debo hacer ahora?

5

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

PASTOR

Desaparecer de esta casa; borrarle del pensamiento de Celia. (Mirando por la izquierda.) Celia viene ya; vete, vete pronto.

GERMAN

(Con ademán de desesperación.) Un ángel de bondad quiso subirme al cielo, y ahora estos demonios, tirándome de los pies, me arrojan á los profundos abismos. (Sale corriendo por el foro izquierda.)

ESCENA XII

PASTOR, CELIA, MELCHORA

PASTOR

Pobre chico. Engendro lastimoso de esta edad compleja; inteligencia superior; conducta equívoca, falaz...

CELIA

(Muy turbada, seguida de Melchora.) ¿Pero qué es esto, Pastor? ¿Sabes lo que dice esta mujer?

MELCHORA

La verdad, señora; ahí está don José que tiene la prueba.

CELIA

¿Pero lo que me dices no es un cúmulo de mentiras y calumnias?

MELCHORA

Verdad es como la luz bendita.

CELIA

(Poniendo sus dos manos en los hombros de Pastor.) Pastor, mi mejor amigo, mi consejero, ilumíname.

PASTOR

Sosíégate, hija mía; esto no tiene importancia. Afirma Melchora...

MELCHORA

Aunque me da mucha vergüenza confesarlo, lo digo, lo confieso... ese pillastre de Germán... largos meses me tuvo engañada.

CELLA

¿Qué dices?

MELCHORA

Luego, el muy tunante picó más alto, dedicándose á conquistar á la señorita Ester con halagos y promesas que hubieran rendido á la más pintada.

CELLA

(Indignada.) Eso es imposible; eso es falso. Mientes como una bellaca envidiosa.

MELCHORA

Por no escandalizar, he callado; pero ya es hora de decir muy alto que, desde hace un mes, he venido observando que el galán irresistible, se colaba lindamente todas las noches en el dormitorio de la virtuosísima señorita Ester.

CELLA

(Protestando airadamente.) ¡Falso! Ester es honrada; es mi hermana de leche, la he criado en mi casa.

MELCHORA

Ha deshonrado la casa en que se crió.

CELLA

¡Falso! ¿Verdad, Pastor, que es falso?

PASTOR

Déjala que hable.

CELLA

(Furiosa.) No; no más. ¡Infame! Sal de mi presencia; sal de mi casa.

MELCHORA

Si; me voy con sentimiento por dejar una casa tan buena; pero la señorita me concederá un minuto más para que pueda decirle lo que falta, y sacar á la señora de su engaño.

CELLA

Acaba pronto, y márchate. Me das horror.

MELCHORA

Pues oiga la señora. El tunante de Germán, después de divertirse cuanto quiso con la señorita Ester, le ha dado palabra de casa-

miento en un librito de versos que los dos leían todas las noches, á solas, en el cuarto de Ester.

CELIA

Embustera; no creo nada de eso.

MELCHORA

El librito lo tiene don José; y dicho esto, no molesto más. (Se arroja.) Perdóneme la señora Marquesa el mal rato que le he dado; ya sabe que la quiero... Y que me voy de esta casa llorando de pena. (Llora.)

PASTOR

¡Ea! Sal, sal. (Llorando, se va por el fondo, empujada por Pastor.)

ESCENA XIII

CELIA, PASTOR; después ESTER, que aparece sigilosamente desde el foro derecha asomando á ratos la cabeza, escondiéndola en seguida.

CELIA

(Oprimiendo la cabeza con las manos.) ¿Estoy soñando? Pastor, ven; dime.

PASTOR

Cálmate; no des á esto importancia excesiva. Por de pronto, te digo que Germán no es digno de la estimación que le tienes.

CELIA

¡Dios mío! ¿Cómo pude engañarme á tal extremo?

PASTOR

Te engañaste porque es un sér complejo. En la oficina cumple con exactitud y diligencia sus obligaciones; no puede ponerse tacha á su honradez; pero cuando llega la noche, es un perillán travieso, que se dedica á los amoríos fáciles.

CELIA

¡Qué enormidad! Y yo, inexperta y sin conocimiento de la vida. ¡Ay, Pastor! Si yo te contara...

PASTOR

Cuéntamelo... pero no es preciso; á tiempo has vuelto de tu error. Germán te ha fasci-

nado momentáneamente con los destellos de su imaginación. Es un histrión terrible. Se disfraza con habilidad pasmosa.

CELIA

(Con grande agitación.) Pero ese libro que le servía para comunicarse con Ester...

PASTOR

Aquí lo tienes. (Se lo da.) Pero no lo leas ahora; tiempo tienes.

CELIA

(Nerviosa, trémula, coge el libro.) *Espronceda*; (Lo abre) ahora mismo lo veré. (Lee:) «Ídolo mío...» (Hojeando rápidamente el libro, lee otra vez.) «Tu amantísimo esposo...» (Arroja el libro sobre la mesa; rompe á llorar.)

PASTOR

No te sofoques, hija mía; ¿por qué lloras?

CELIA

Este llanto es rabia, ira, desprecio de mi misma. Oyeme, Pastor, y no me juzgues peor de lo que soy. (Sollozando.) Hoy, cuando la ley

me declara mayor de edad haciéndome dueña de mi voluntad y de mis bienes, he estado á punto de... ¡ay, qué dolor! Fué una obcecación, un loco ensueño; ignorando yo estas infamias, en poco estuvo que comprometiera mi existencia futura dejándome llevar de una ilusión infantil. ¿No lo comprendes, Pastor de mi alma?

PASTOR

Sí lo comprendo. Pero ya pasó tu ceguera; ya ves clara la realidad.

CELIA

No la veo clara, no; dame más luz, Pastor; hazme el favor de llamar á Germán; tráele aquí; quiero oír sus descargos.

PASTOR

En esto, hija mía, me permitirás que te desobedezca; he resuelto despedir á Germán.

CELIA

¡Le has despedido!

PASTOR

Ya no está en la casa.

CELIA

(Dominada por la aficción repentina.) ¡Ya no está en casa; ya no le veré más. (Llora en silencio.)

PASTOR

(Después de una pausa.) Basta ya, hija mía, Germán no es digno de tus lágrimas; sosiégate, y dime que apruebas mi conducta.

CELIA

(Secando sus lágrimas.) Aprobada; he sido una tonta. Despierta, corazón; soy quien soy, y aquí no ha pasado nada.

PASTOR

Así, así.

CELIA

Recoge ese libro ignominioso. Te concedo que hiciste bien en despedir á Germán; pero no me negarás el derecho de interrogar á esa mujer falsa, á esa mujer hipócrita.

PASTOR

¿Ester?

CELIA

Sí; la he amado mucho: quiero ver con qué cara y con qué modos se presenta ante mí esa desgraciada; llámala. (Aparece por el fondo Ester andando quedamente, paso á paso, con aire receloso.)

PASTOR

No es preciso llamarla; aquí está.

CELIA

Entra, mujer; ¿qué te pasa?; ¿qué miedo es ese?

ESTER

(Con voz temblorosa, avanzando más.) Antes que me llamas... vengo á decirte... vengo á explicarte...

CELIA

Tus explicaciones son innecesarias; ese libro me ha contado tus desvaríos.

PASTOR

(Hablando al oído de Celia.) Modérate; conviene que seas benigna, tolerante con las flaquezas humanas.

CELIA

Tendrás mi perdón; pero el cariño mío y las atenciones que te tuve mirándote como hermana, criándote á mi lado... eso, Ester, eso que tanto vale, ó que tanto debía valer para ti, lo has perdido para siempre.

PASTOR

(Al oído de Celia.) No tanto, hija.

ESTER

Bien sabe Dios que no soy desagradecida; sé cuánto te debo Celia; échame en cara mi falta, que yo reconozco; pero no me acuses de ingratitud.

CELIA

Si tuvieras gratitud, no habrías deshonrado mi casa.

ESTER

(Humillándose.) Grave falta ha sido; considera, Celia, que es pecado de amor; debilidad á que estamos sujetas todas las mujeres, sobre todo las que somos de clase humilde.

CELIA

¿Hablas de clase humilde? ¿Pero no adviertes que la dignidad de mi casa te ennoblece?

ESTER

Me ennoblece, sí, en lo externo; yo he correspondido á esa nobleza sirviéndote fielmente. Pobre nací, pobre soy. En esta situación, en la soledad de tu casa, tan noble y tan digna, un hombre pobre como yo, servidor como yo de tu ilustre familia, me habló de amores; sus palabras tiernas, dulcísimas, ganaron mi voluntad; temblé, fui vencida, caí; declaro mi culpa. El hombre que amo, que amaré toda mi vida, ha salido de esta casa; yo me iré con él; déjame ir, Celia.

CELIA

(En un arrebato de ira.) Traidora, desleal, no

sólo te dejo ir, sino que te despido; te arrojé de mi casa.

PASTOR

Moderación, hija; no comprometas tu dignidad.

ESTER

(Serena.) Ya he recogido toda mi ropa, y estoy dispuesta á salir sin demora.

CELIA

(Sin poder reprimir su ira.) El hombre que te ha seducido, engañó antes á muchas.

ESTER

No diré que no. Pero yo te aseguro, Celia, que á mi lado sólo será mío.

CELIA

¿Qué dices? El veneno de las palabras engañosas de Germán, te ha corrompido el entendimiento; él es un falsario sin pudor, y tú una infeliz idiota que se deja engañar por el primero que llega.

ESTER

(Manteniéndose tanto más serena cuanto más se descomponen Celia.) A mí puedes decirme cuanto quieras; tienes derecho á ello; pero á Germán no le ofendas delante de mí.

CELIA

Es un infame, es un hombre indigno, repugnante.

ESTER

¿Pero qué? ¿En la administración de tu casa no ha cumplido como debía? ¿Se ha equivocado en las cuentas? ¿Te ha robado algo?

CELIA

Eso, no.

ESTER

(Creciéndose ante Celia.) Pues entonces, digo yo; si Germán es honrado y bueno, servidor fiel de tus intereses, ¿por qué le injurias con tanta saña?

CELIA

Porque más que los intereses me importa la moralidad de mi casa.

ESTER

¡Ah! ¡La moralidad! Tienes razón; yo he faltado á esa moralidad; por algo te han nombrado vocal de la Junta de damas encargadas de velar por las buenas costumbres.

CELIA

Arrogante estás, Ester; no te conozco.

ESTER

Mi falta, quizá, me ha dado arrogancia que no tenía. El amor, Celia, si por un lado envilece, por otro engrandece á las criaturas; yo te respeto y te respetaré siempre; pero en esta ocasión, me asombro de que una gran señora como tú, harta de virtudes, harta de millones, se rebaje á intervenir con tanta furia en los amores de estas pobres criadas.

CELIA

(Trastornada por la ira, sin saber qué decir.) Yo no me rebajo, es que...

PASTOR

(Aparte á Celia, asustado.) Calla; despídela pronto.

CELIA

(Sin mirar á Ester.) Recoge tu infame libro.

ESTER

(Recogiendo de la mesa el libro, y estrechándolo contra su pecho.) Yo amo á un hombre; este hombre es mío, y no puede ser de otra mujer. (Pastor abraza á Celia; hace signos á Ester de que se vaya.)

ESTER

Ya me voy...; sé trabajar, él también; no nos moriremos...

CELIA

Acabemos ya.

ESTER

Decía que no nos moriremos; Germán y yo sabremos luchar por la vida; el amor nos dará fuerza para vencer en esa lucha. ¡Ay, Celia! luchar es un goce que tú no puedes conocer. Adiós: me despido de la que me ha llamado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

su hermana, de la que me ha protegido, de la que me ha educado. Soy buena, soy agradecida; no olvidaré nunca lo que te debo. Te quiero, Celia; te querré siempre; (Con grande efusión cruzando las manos.) te quiero, Celia, te quiero. (Retírase hacia el fondo.)

CELIA

(Mirándola espantada.) ¿Qué dices, desgraciada?

ESTER

(Con acento firme, deteniéndose.) Te quiero, te admiro y te respeto; pero no te envidio, pero no te envidio. (Sale rápidamente por el foro.)

CELIA

¿Has oído? (Consternada, echándose en los brazos de Pastor.) Me tiene lástima.

PASTOR

Ha querido humillarte; pero no temas: tú tienes la fuerza, el poder.

CELIA

No me envidia, y tiene razón. (Cayendo en la silla, llora con grande amargura y desconsuelo.) Ella vive; yo muero... ¡Maldito poder; malditas riquezas!

Telón rápido.

FIN DEL ACTO PRIMERO